

Creemos...

LA CONFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA NUEVA APOSTÓLICA

MAYO 2020

Sesión 1: Apóstoles y ministerio

Sesión 2: El Santo Bautismo

Sesión 3: El Santo Sellamiento

Sesión 1 – La Confesión de fe: Los apóstoles y el ministerio

¡Hola y bienvenidos a nuestro estudio de grupo pequeño para mayo! Este mes, continuaremos nuestro estudio sobre nuestra Confesión de fe enfocándonos en los artículos cuarto, quinto, sexto y octavo. Comenzaremos examinando los artículos cuarto y quinto, que se centran en el apostolado y el ministerio.

Comencemos leyendo el cuarto artículo. Dice: **Yo creo que el Señor Jesús gobierna en Su Iglesia y que para ello ha enviado a Sus Apóstoles y hasta Su retorno aún los envía con el encargo de enseñar, de perdonar pecados en Su nombre y de bautizar con agua y con Espíritu Santo.**

La palabra «apóstol» deriva de la palabra griega, *apóstolos*, que en el Nuevo Testamento significa «embajador». Los apóstoles son embajadores de Jesucristo, de quien recibieron su ministerio y encargo, y de quien dependen por completo. Trabajan conforme a la voluntad de su Enviador y, siguiendo Su ejemplo, son siervos de todos.

El ministerio de apóstol es el único ministerio que Jesucristo dio directamente a Su Iglesia, y buscan servir tanto a los creyentes como a los que buscan la salvación. El propósito del ministerio es edificar la Iglesia predicando el evangelio, dispensar los sacramentos, y hacer que la redención ofrecida a través de Jesucristo sea conocida por todos los que necesitan desesperadamente la salvación. Y, los apóstoles trabajan para preparar a los creyentes para el retorno de Jesucristo, ayudándoles a crecer en la naturaleza de su Salvador y alentándolos a vencer la naturaleza pecaminosa que trata de mantenerlos atados a su antiguo yo.

Ahora, reflexionemos por un momento sobre algunas de las características del ministerio de apóstol. En primer lugar, es el ministerio del nuevo pacto. En el antiguo pacto, los sacerdotes tenían que ofrecer sacrificios una y otra vez. Pero el sacrificio perfecto de Jesucristo, una vez traído y eternamente valedero, eliminó el sistema de sacrificios del antiguo pacto e inauguró un nuevo pacto entre Dios y la humanidad. Si bien el antiguo pacto solo concernía al pueblo de Israel, el nuevo pacto no conoce fronteras y está disponible para personas de todas las naciones. Por eso es la misión de los apóstoles dar a conocer el sacrificio de Jesucristo y este nuevo pacto en todo el mundo.

El ministerio de apóstol es el ministerio del Espíritu. Aquellos que han sido bautizados con agua reciben el don del Espíritu Santo a través del ministerio de apóstol y reciben su filiación divina. Como el ministerio de la palabra, los apóstoles predicán el evangelio y enseñan la palabra de la Escritura. Como el ministerio de la reconciliación, los apóstoles instan a las personas a arrepentirse y los guían al acto redentor de Dios, que se cumplió en Jesucristo. «Reconciliación» significa la restauración de la relación entre la humanidad y Dios, así como entre una persona y otra. El ministerio de apóstol dirige nuestra atención hacia la reconciliación perfecta que se logrará cuando todos los creyentes moren en el reino de Dios.

Además, el ministerio de apóstol es el ministerio de la justificación. Mientras que el Antiguo Testamento se enfocó en la condenación, el Nuevo Testamento señala a las personas hacia la justificación de Dios, que se ofrece a los creyentes a través de Jesucristo. El ministerio de apóstol dirige la atención al hecho de que la humanidad pecadora necesita la gracia de Dios. Creer en Jesucristo y aceptar Su sacrificio conduce a la justificación.

Finalmente, los apóstoles son administradores de los misterios de Dios. El apóstol Pablo escribió en 1 Corintios 4:1: «Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios». Como administradores, los apóstoles son responsables de la Iglesia y aseguran el debido anuncio del evangelio y la administración de los sacramentos. Se les asigna la tarea de impartir y revelar misterios o revelaciones de Dios.

Ahora volvamos nuestra atención al quinto artículo y veamos cómo están unidos. El quinto artículo dice: **«Yo creo que los escogidos por Dios para un ministerio son instituidos únicamente por Apóstoles, y que el poder, la bendición y la santificación para su servir provienen del ministerio de Apóstol».**

Este artículo expresa nuestra creencia de que todos los ministros son llamados por Dios. Por lo tanto, cada ministro es una dádiva de Dios para la congregación. Cada ministerio en la Iglesia es una extensión del apostolado. A través de su ordenación, cada ministro recibe autoridad, bendición y santificación.

- Autoridad significa que todos los ministerios comparten la autoridad ministerial del apostolado, quienes han recibido su autoridad para enseñar y anunciar el evangelio de Jesucristo. La autoridad de un ministro depende de su relación con Jesucristo y de su disposición a actuar conforme a la voluntad de Dios.
- La bendición recibida en la ordenación asegura a los ministerios sacerdotal y de diácono el apoyo divino y la ayuda del Espíritu Santo en el ejercicio de sus ministerios.
- Y la santificación apunta al hecho de que es Dios mismo, en Su santidad, quien busca actuar a través del ministerio. Esta santificación es necesaria porque la Iglesia es «santa», lo que profesamos en nuestro tercer Artículo de Fe. No obstante, Dios obra a través de una vasija imperfecta.

A través de nuestra profesión de creencia en estos artículos, anunciamos nuestra creencia de que los ministerios de nuestra Iglesia están conectados, dependen y son dados por Jesucristo. Es a través de Él que la Iglesia cumplirá su propósito.

Sesión 2 – La Confesión de fe: El Santo Bautismo

¡Bienvenidos nuevamente! En la sesión de hoy, exploraremos el sexto artículo de nuestra Confesión de fe, que destaca el Santo Bautismo. Leámoslo juntos:

Yo creo que el Santo Bautismo con agua es el primer paso para la renovación del hombre en el Espíritu Santo, y que el bautizado es adoptado en la congregación de aquellos que creen en Jesucristo y se profesan a Él como su Señor.

Nuestro catecismo describe el sacramento del Santo Bautismo con agua como «la primera y fundamental manifestación sacramental de gracia del trino Dios hacia el hombre que cree en Jesucristo» (CINA 8.1). Dios nos acerca a la comunión con Él a través de la fe en Jesucristo. Cuando somos bautizados con agua, Dios nos acepta en base al una vez traído y siempre valedero sacrificio de Jesucristo. El sacramento del Santo Bautismo con agua nos permite dejar un estado de lejanía de Dios y acercarnos a Él por primera vez como el primer paso de nuestra renovación completa.

La necesidad del sacramento del Santo Bautismo con agua está vinculada con la doctrina del pecado original. Adán y Eva ejercieron la dádiva de Dios del libre albedrío para desafiar la palabra de Dios. Las consecuencias de su acto de rebelión, conocido como la Caída, rompieron la relación del hombre con Dios. Adán y Eva experimentaron la lejanía de Dios por primera vez. Como resultado del pecado original, un estado fundamental de pecaminosidad y distanciamiento de Dios ha pesado sobre cada ser humano. La humanidad es incapaz de cambiar esta condición por su cuenta. El apóstol Pablo da testimonio de esto en Romanos 5:12: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). Esto significa que no somos pecadores porque cometemos pecado, sino que pecamos porque somos pecadores.

Jesucristo es la respuesta de Dios al pecado y a la lejanía de la humanidad, y es el camino que conduce de nuevo a la comunión con Dios para *todos los que creen en Jesucristo* (ref. Juan 3:16). El amor de Dios por la humanidad caída, y Su deseo de restaurar la comunión con nosotros, se revela perfectamente en el envío de Jesucristo, quien conquistó al pecado viviendo una vida sin pecado y ofreció el sacrificio perfecto en la cruz. A través del Santo Bautismo con agua, los bautizados comparten el mérito que Jesucristo adquirió para la humanidad a través de Su muerte sacrificial, como se indica en la carta de Pablo a los romanos. «Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos» (Romanos 5: 18-19).

Podemos entender el Santo Bautismo con agua como un acto de la gracia de Dios sobre un ser humano en el que el Dios trino dice «Sí» al creyente y lo acepta en Su nuevo pacto. Además, el que se bautiza con agua también responde a Dios con su «Sí» y promete vivir conforme a la voluntad de Dios como es revelada en el evangelio y las enseñanzas de Jesucristo. Dios es quien da el primer paso en Su deseo de restaurar la comunión con nosotros. En nuestro bautismo, nos convertimos en cristianos, que es más que solo un nuevo título.

En Romanos 6:3-4, el apóstol Pablo escribió: «¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en Su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva».

El Apóstol ilustra, con el ejemplo de la muerte y resurrección de Jesucristo, que el bautismo es al principio una muerte: del viejo Adán, de nuestra vida antigua y de la lealtad al maligno. El Santo Bautismo también es visto como el comienzo de una nueva vida, del nuevo Adán, moldeada por nuestra fe en Jesucristo como nuestro Señor y Redentor, y nuestro deseo de crecer en la nueva naturaleza de Cristo.

El Santo Bautismo con agua es un acontecimiento maravilloso pero solemne, ya que hacemos una confesión pública de nuestra creencia en la vida, muerte, resurrección y retorno de Jesús. Esta profesión se renueva en los corazones y las mentes de la congregación cada vez que se celebra la Santa Cena según la promesa de Jesucristo: «Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este vino, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga». Jesucristo imparte Su fuerza y virtud para ayudarnos a resistir al maligno y a crecer en Su naturaleza hasta que regrese.

Creemos que Dios desea compartir Sus bendiciones con los niños, según las declaraciones y acciones de Jesús: «Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios... Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía» (Marcos 10:14, 16). Creemos que esto incluye los sacramentos también. En el caso del bautismo de niños, los encargados de criarlos confiesan su fe en Jesucristo en nombre de sus hijos y asumen la responsabilidad de guiarlos, en el sentido del evangelio, y su relación con Cristo. La Confirmación es el acto de bendición provisto por Dios sobre un cristiano joven que está preparado para hacer la promesa de permanecer fiel a Jesucristo y hacer el voto de «renunciar al diablo» y «entregarse» al Dios trino.

En el día de nuestro bautismo, también nos comprometemos a ser discípulos de Jesucristo. Queremos llegar a ser más como Él y crecer en Su naturaleza, lo que hacemos al aceptar las enseñanzas del evangelio y al permitir que moldee nuestras vidas. Como verdaderos seguidores de Jesucristo, también nos aseguraremos de que hagamos nuestra parte para compartir Su evangelio con nuestros prójimos.

Finalmente, con el sacramento del Santo Bautismo, somos incorporados a la Iglesia de Cristo y a la asamblea de creyentes. Es una dádiva por la cual la vida cristiana se hace realidad. Reconocemos que Cristo es quien nos dio la Iglesia, y que nos necesitamos unos a otros. Así como Dios, el Padre está en comunión con el Hijo y el Espíritu, así también fuimos creados para existir en comunión unos con otros. La celebración de la Santa Cena fomenta esta comunión y fortalece nuestro amor por Cristo y los demás.

Dedica un tiempo a pensar en los efectos del sacramento del Santo Bautismo en tu vida y considera cómo tu compromiso con el Señor ha guiado tus decisiones como Su discípulo.

Sesión 3 – La Confesión de fe: El Santo Sellamiento

¡Bienvenidos de vuelta! En la sesión de hoy, exploraremos el octavo artículo de nuestra Confesión de fe, que trata sobre el Santo Sellamiento. Leámoslo juntos:

Yo creo que los bautizados con agua deben recibir el don del Espíritu Santo a través de un Apóstol para alcanzar la filiación divina y las condiciones previas para la primogenitura.

Encontramos tres puntos principales en los que enfocaremos nuestra conversación:

1. El sacramento del Santo Sellamiento
2. La filiación divina
3. La primogenitura

Estos tres puntos están entrelazados de la siguiente manera: el sacramento del Santo Sellamiento tiene un efecto presente y futuro; el efecto presente es nuestra filiación divina, y el efecto futuro es la primogenitura.

Ambos sacramentos, el Santo Bautismo y el Santo Sellamiento, juntos, comprenden el renacimiento de agua y Espíritu. En el Nuevo Testamento, se suele entender que el Bautismo consta de dos partes: el Bautismo con agua y el Bautismo con el Espíritu o fuego (Hechos 8:14-17, 10:44-47, Lucas 3:16, Mateo 3:11). El Santo Sellamiento es el cumplimiento de la gracia recibida en el Bautismo.

Podemos observar más a fondo el Santo Sellamiento a través del mensaje de nuestro Apóstol Mayor de Pentecostés 2018:

En la fiesta de Pentecostés, el apóstol Pedro prometió que aquellos que fueran bautizados y se arrepintieran de sus pecados recibirían el Espíritu Santo. Creemos que Dios cumple esta promesa a través del ministerio establecido por Cristo: los creyentes que son bautizados reciben el don del Espíritu Santo a través de las oraciones y la imposición de manos del apóstol. El receptor de este sacramento no recibe al Espíritu Santo como una Persona de la Trinidad. Más bien, recibimos el poder de Dios, Su vida y Su naturaleza. El Espíritu Santo, como parte del Dios trino, es el dador del sacramento. No se convierte en propiedad del hombre. Más bien, el Espíritu de Dios ahora mora en nosotros; en este sentido, «tenemos» la vida de Dios, que nos da el poder para vivir la vida para la que Dios nos ha creado.

Las palabras de Pablo en Efesios 1:11-14 nos dan una idea de lo que significa recibir el don del Espíritu Santo: «En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria».

Con nuestro Santo Sellamiento, recibimos un **sello**, una **garantía**, una **promesa**, un **anticipo** y un **llamamiento**. Estas cinco dádivas se detallarán en la guía para su conversación.

Pasemos a la frase *filiación divina*. ¿Qué significa alcanzar la filiación divina? Primero, debemos entender que todos los seres humanos son, en cierto sentido, hijos de Dios porque han sido creados por Él y tienen la oportunidad de llamarlo Padre (Hechos 17:28-29). Él hizo a los seres humanos a Su imagen, para estar en relación con Él, y ama y desea que todos se salven. Es a esta relación que Él nos llama. Sin embargo, no todas las personas aceptan Su llamado, y ahí es donde entra la frase *filiación divina*. Tal vez una mejor manera de pensar en ello sería un *ciudadano* o *heredero* que sea adoptado en Su reino o casa (Romanos 8:14-17). Esta relación se define al reconocer el llamado de Dios y nuestra elección de aceptarlo, recibir los sacramentos, creer en el evangelio y alinear nuestras vidas hacia el retorno de Cristo.

Alinear nuestra vida hacia el retorno de Cristo nos lleva al aspecto futuro del Santo Sellamiento, cumpliendo *las condiciones previas para la primogenitura*. ¿Qué es primogenitura? La palabra «primogenitura», en los textos griegos «primicias», describe a aquellos que serán recibidos por Jesucristo cuando regrese. Esto hace referencia a las leyes del Antiguo Testamento de ofrecer lo primero de la cosecha a Dios: «Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Jehová tu Dios» (Éxodo 23:19). Creemos que seguir diariamente a Cristo y llevar una vida de acuerdo con el evangelio tanto en palabras como en hechos (Apocalipsis 14:4-5) nos prepara para vivir en Su reino.

La presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros también puede tener efectos profundos y notables en nuestra vida presente: el desarrollo y el crecimiento de características y virtudes, que el apóstol Pablo describe en sentido figurado como fruto del Espíritu en el quinto capítulo de Gálatas. El Espíritu también despierta los dones espirituales en cada creyente para que sean usados en la edificación de la Iglesia, así como en la comunidad que los rodea.

Dejemos que la vida de Dios nos transforme cada vez más en la naturaleza de Cristo, para que podamos vivir la vida a la que nos ha llamado.